

La Necesidad de Examinarse Antes de la Celebración de la Santa Cena

Un sermón de preparación para la Santa Cena, de 1ª de Corintios 11:28, 29

Por Rev. W. Lamain (sermón 257a)

Lectura Bíblica: 1 Corintios 11

Salterio 349:1, 3

362:1, 2, 3

382:1, 2

381:3, 4

Introducción

Queridos amigos, la predicación de la Palabra de Dios para hoy es de carácter especial, pues es un mensaje preparatorio para la celebración de la Santa Cena, que se llevará a cabo el próximo domingo, Dios mediante. En el Antiguo Testamento, el Señor había instituido la Pascua. Una vez que Cristo ya había celebrado la Pascua por la última vez con Sus discípulos la misma noche que fue traicionado, Él instituyó la Santa Cena.

La Santa Cena debe celebrarse no solamente cuando se nos viene a la mente, sino en intervalos designados, y con un propósito definido. Cuando Cristo instituyó este sacramento, Él dijo a los discípulos lo que se aplica a la Iglesia de todos los siglos: “*Haced esto en memoria de mí*” (Lucas 22:19). Cada vez que se celebra la Santa Cena, se proclama el gran amor del Padre al entregar a Su Hijo amado para Su pueblo, tal como el apóstol Pablo nos dice en Romanos 8:32: “*El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros*”. De hecho, cada vez que se parte el pan y se derrama el vino, recordamos el gran amor de Cristo, Quien se entregó a la muerte en la cruz para satisfacer la justicia divina y así quitar la maldición para Su pueblo. A través de la obediencia pasiva y activa de Cristo, Él mereció la justicia con la cual nosotros podemos comparecer delante de Dios. Él sacrificó a Sí Mismo, para que Su carne sea verdadera comida, y para que su sangre sea verdadera bebida (Juan 6:55) para las almas hambrientas y sedientas que no pueden saciarse que nada más que con el Señor Jesucristo Mismo.

Por medio de este sacramento de la Santa Cena, Le complace a Dios fortalecer la fe de Su pueblo y avivar su esperanza. ¡Qué riquezas más grandes se proclaman para el pueblo de Dios a través de este sacramento, y por lo tanto, debe de ser una buena noticia para los hijos de Dios cada vez que haya una oportunidad de proclamar la muerte del Señor. Sin embargo, para muchos de los hijos de Dios, no es así, y para ellos hay muchas ansiedades y luchas dentro de su corazón. Otras veces la indiferencia y la falta de preocupación reinan en su corazón. El vivir lejos de Dios causa mucha flaqueza del alma, y también causa deshonor al Nombre de Cristo. Por eso, hay muchos motivos para la auto-examen y la preparación antes de la Santa Cena. Si bien esta auto-examen y preparación se aplica mayormente al pueblo de Dios, también se aplica a cada persona presente esta mañana. Por medio de la predicación de la Palabra de Dios

el mensaje nos llega a cada uno de nosotros; de la misma manera, por medio de la Santa Cena la proclamación de la muerte de Cristo llega a cada uno que está presente.

Todos los miembros de la iglesia que han hecho la confesión de fe tienen un derecho eclesiástico de participar en la Santa Cena, siempre y cuando su doctrina y su vida no contradigan la confesión que han hecho. Sin embargo, este derecho eclesiástico no es suficiente; es necesario tener un *derecho divino* para sentarnos a la Mesa del Pacto del Señor. Esto no quiere decir que el derecho eclesiástico no sea importante; al contrario, Dios es un Dios de orden, y no sería correcto admitir a cualquiera a la Santa Cena sin tener el derecho eclesiástico. No obstante, es muy necesario tener un derecho divino de participar en la Santa Cena; es más, aún los que realmente han recibido este derecho divino tienen que examinarse una y otra vez y muy cuidadosamente antes de cada celebración de la Santa Cena. Hay que tratar las cosas santas de una manera santa.

Con la ayuda de Dios, deseo considerar con ustedes la necesidad de la preparación para la Santa Cena. Nuestro texto para este fin se encuentra en 1ª de Corintios, capítulo 11, los versículos 28 y 29, donde leemos la Palabra de Dios: *“Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí”*.

Las palabras de nuestro texto tratan de

La Necesidad de Examinarse Antes de la Celebración de la Santa Cena

Al considerar este tema, vamos a considerar tres puntos principales:

- 1. Es necesario examinarse;**
- 2. El examinarse abarca tres asuntos muy importantes; y**
- 3. El examinarse es algo que debemos tomar bien en serio.**

PRIMER PENSAMIENTO

Las palabras solemnes de nuestro texto fueron escritas por el apóstol Pablo, y fueron dirigidas a la iglesia de Corintio. Como todos sabemos, Pablo visitó a Corintio en su segundo viaje misionero. La ciudad de Corintio era un centro de comercio internacional, y era una ciudad muy culta en cuanto a los artes, la ciencia, y la filosofía. Cuando los judíos de Corintio rechazaron las palabras de Pablo, él se dirigió a los gentiles, muchos de los cuales fueron salvos por la fe en Cristo.

El Señor Mismo le había dicho a Pablo que Él tenía muchos hijos en Corintio, y esto se manifestó más tarde. Sin embargo, después de que salió Pablo de Corintio, la vida espiritual de la congregación de Corintio se deterioró mucho. Toda clase de división comenzó a ocurrir, y el amor entre los miembros de

la iglesia se enfrió; los unos se pusieron celosos de los dones de los otros, y algunas herejías entraron en la iglesia. También, algunos miembros volvieron a vivir como habían vivido antes, y comenzaron a cometer pecados muy graves. Hasta las sagradas instituciones y ordenanzas del Rey de la Iglesia fueron puestas en peligro por los pecados humanos. Las cosas habían llegado a tal extremo de modo de que algunos comenzaron a participar de la Santa Cena para saciar su hambre, y otros comenzaron a emborracharse del vino. Nosotros diríamos que las condiciones de la iglesia de Corintio habían llegado a un extremo increíble en cuanto a la Santa Cena. Hacía pocos años que se había instituido la Santa Cena en Corintio, y ya se manifestaba una decadencia tan grave, de modo que el sacramento que se había dado a la iglesia como una bendición estaba a punto de convertirse en una causa de maldición y condenación. Por así faltar la debida preparación y auto-examen antes de celebrar a la Santa Cena, la iglesia de Corintio ya comenzó a experimentar el desagrado de Dios. Y como el apóstol Pablo se había enterado de estos problemas respecto a la Santa Cena en la iglesia de Corintio, él trata del tema de la gran necesidad del auto-examen antes de celebrar este sacramento.

La Palabra de Dios nos exhorta a examinarnos seriamente en vista de la gran eternidad que nos espera, y hacia la cual cada uno de nosotros estamos viajando rápidamente. Sin embargo, es igual de necesario examinarnos cuando la Mesa del Pacto se prepara en medio de la congregación.

La palabra “examinar” significa “probar” o “mirar de cerca y con mucho cuidado”. La palabra se deriva del trabajo de uno que “prueba” un mineral precioso para determinar su calidad, y también para ver si contiene alguna impureza. Esta palabra “examinar” se emplea mucho en la Biblia cuando se trata de cómo el Señor “prueba” a Su pueblo; leemos en Salmos 11:4: *“Sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres”*. Él es el Dios que todo lo sabe, y Él examina el corazón de los hombres. Es una gran bendición, entonces, experimentar lo que dice el poeta del Salmo 26:2: *“Escudríñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón”*.

Así que nuestro texto tiene que ver con el examinarse a sí mismo. ¿Cómo deberíamos entender esto? El apóstol Pablo no sólo amonesta que nos examinemos en cuanto a nuestro estado y conducta, sino también en cuanto a nuestros pensamientos cuando se celebra la Santa Cena. Es decir, tenemos que examinar nuestro corazón, pero también tenemos que examinar nuestros deseos, propósitos y acciones. Todo debe ser puesto a lado de la Palabra de Dios; sólo así se puede celebrar la Santa Cena dignamente; sólo así recibiremos algún provecho de ello; y sólo así podremos proclamar la muerte de Cristo en memoria de Él.

Este examen de sí mismo es necesario por causa de la santidad del sacramento. En la primera Iglesia cristiana, justo antes de celebrar la Santa Cena, uno de los diáconos decía en voz alta: “Las cosas santas solamente son para personas santas”. Eso era para recordar que ninguna persona incircuncisa ni ninguna persona que estaba inmunda podía participar de la Pascua en el Antiguo Testamento; ni siquiera se

permitía entrar en el templo a aquellos que tenían polvo en los pies. Cada persona que entraba en el templo tenía que lavarse primero. Así que cuando se trata de la *Santa Cena*, Dios Mismo ha apartado estas señales y ha instituido este sacramento para un propósito santo. Se dice la *Santa Cena* debido a que las personas que la celebran dignamente son santificadas por la sangre y por el Espíritu de Cristo.

Ahora bien, ¿puede cualquier persona celebrar la Santa Cena sin pensar dos veces? ¡De ninguna manera! Al contrario; pues es necesario examinarse de una manera completa y cuidadosa. Es un asunto personal para cada uno de nosotros, y nunca debemos ocuparnos en juzgar a los demás. Más bien, recordemos lo que nos enseña la Palabra de Dios: “*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿Quién lo conocerá?*” (Jeremías 17:9) Somos tan propensos a juzgar a nuestro prójimo, tanto durante el sermón de preparación como durante la celebración del sacramento, en cambio de practicar el examen de sí mismo. Esto no quiere decir que nunca se debe pensar en los demás; sin embargo, siempre se debe hacerlo con el espíritu del amor y humildad, y no de una manera orgullosa. En cada iglesia hay algunas personas que actúan como si fueran los “inspectores espirituales”; sin embargo, se olvidan de examinarse a sí mismos. Qué Dios nos guarde de aquel espíritu orgulloso.

Si bien el examen antes de la Santa Cena es un asunto personal, siempre debemos recordar que los pastores y los ancianos tienen la responsabilidad de cuidar la Mesa del Señor. Por virtud de su cargo, ellos no sólo tienen el derecho de tratar fielmente con las almas de los miembros, sino que también tienen la gran responsabilidad de examinar a los miembros. Cuanto más amor de Cristo existe en el corazón, cuanto más desearemos examinar el uno al otro con toda verdad y sinceridad. Hoy en día hay demasiado temor del hombre, y no hay suficiente temor de Dios. Todos quieren “figurar” ante los hombres, y se pone a un lado la Palabra de la Verdad. ¡Que Dios les dé a los pastores y a los ancianos una impresión de la seriedad de su trabajo de examinar a los miembros antes de celebrar la Santa Cena!

La necesidad de examinarse antes de la celebración de la Santa Cena es algo que se debe hacer una y otra vez, porque “*¿Quién podrá entender sus propios errores?*” (Salmos 19:12). ¡Cuán grandes son las tinieblas que viven dentro de nuestro corazón! Siempre necesitamos más y más la luz del Espíritu Santo, y es necesario que el Señor Mismo nos enseñe lo que vive dentro de nosotros mismos. ¡Qué bendición más grande es aprender más y más sobre nuestra propia ceguera espiritual, para que necesitemos más y más de la luz del Espíritu Santo! Cuando el Señor nos lleva por este camino, será nuestro deseo que Dios Mismo nos examine antes de la celebración de la Santa Cena.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Ahora, consideremos con nuestro segundo pensamiento que **el examinarse abarca tres asuntos muy importantes**. Nuestro texto dice: “*Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa*”. La Santa Cena es un sacramento para fortalecer la fe de los creyentes, y por lo tanto, es

necesario poseer la gracia para poder participar de la Santa Cena. Nuestros padres de la Iglesia nos han presentado tres señales por las cuales debemos examinarnos.

En primer lugar, es necesario aborrecernos y humillarnos verdaderamente delante de Dios por causa de nuestros pecados. Es decir, es necesario reconocer que somos dignos de la muerte y la condenación eterna. En segundo lugar, es necesario creer verdaderamente la promesa fiel de Dios que todos nuestros pecados nos son perdonados por la obra de Cristo. Es decir, es necesario que creamos en Cristo Jesús. Por último, es necesario que sea nuestro deseo ferviente de mostrar nuestra gratitud verdadera a Dios, y que andemos rectamente delante de Él. Es decir, es necesario que mostremos nuestra gratitud para con Dios a través de una vida santificada. Ahora bien, vamos a considerar cada uno de estas tres señales más profundamente.

En primer lugar, es necesario conocer nuestro pecado y culpa, y a la vez es necesario tener los ojos puestos en Jesús, Quien entró en la muerte para pagar por los pecados de Su pueblo. Tenemos que experimentar la culpa de nuestro pecado actual y original, para que nos demos cuenta de que hemos pecado contra un Dios justo y bueno. Por nuestra naturaleza humana, estamos contentos con nosotros mismos, pero cuando el Espíritu comienza a obrar en nosotros, nos aborrecemos. Esto fue el caso con el publicano en Lucas 18. Él no se paró en la parte delantera del templo, sino que se quedó lejos, se golpeaba el pecho, y dijo: *“Dios, sé propicio a mí, pecador”* (Lucas 18:13). La gracia de Dios nos humilla, y hace que nosotros tomemos el lugar más bajo. Sólo pensemos en el centurión romano, quien dijo: *“No soy digno de que entres bajo mi techo”* (Lucas 7:6).

Cuando tales pecadores reciben una revelación del Cristo humillado, y cuando Lo ven en Sus aflicciones y Sus sufrimientos, comienza a darse cuenta de que *él* Lo ha crucificado con sus propios pecados. Como dijo el profeta, *“Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito”* (Zacarías 12:10).

En segundo lugar, es necesario creer verdaderamente en Jesucristo. La conversión del hombre consiste en dos partes: la mortificación del hombre viejo y el avivamiento del hombre nuevo. Este avivamiento del hombre nuevo consiste en un gozo sincero en Dios por medio de Cristo, y un gozo de vivir según la voluntad de Dios. Si bien el corazón del pecador quien es nacido de nuevo se llena de la tristeza según Dios por causa de sus pecados, también este corazón se llena de gozo por medio del mensaje del Evangelio. Aquellos que verdaderamente son creyentes anhelan a Cristo, el Gran Autor de la salvación. Acuden a Él con todas sus angustias y aflicciones, y tienen hambre y sed de la justicia eterna de Cristo, porque saben que solamente por medio de aquella justicia pueden comparecer delante de Dios.

Algunos afirman que solamente los creyentes asegurados y más establecidos en la fe pueden participar de la Santa Cena. Sin embargo, amigos, solamente miremos a la institución de este sacramento: ¿con quiénes se sentó Jesús en la mesa? Se sentó con los discípulos. Ahora bien, ¿acaso podemos decir

que los discípulos eran cristianos establecidos y asegurados en la fe en aquel momento? Al contrario; no habían experimentado el perdón de sus pecados todavía, y no entendieron los sufrimientos de Cristo en absoluto. Más bien, ¡se ofendieron cuando Él les decía que tenía que sufrir y morir! Y aún así, Cristo se sentó en la mesa con ellos y compartió el pan y el vino con ellos. Por lo tanto, se puede decir con toda seguridad que el sacramento de la Santa Cena se ha instituido para *fortalecer* la fe de los creyentes.

Por último, la tercera señal que debemos tener cuando nos examinamos es la gratitud a Dios y el deseo de vivir una vida santificada. La Santa Cena fue instituida para aquellos que desean recibir el fortalecimiento de su fe y que desean experimentar la santificación más y más. Es posible que haya grandes cambios en nuestra vida, y que dejemos una vida en el mundo para vivir ya dentro de la iglesia, y que aún así no conocemos la conversión verdadera. ¡Cuántos son los que se convierten de una vida en la cantina a una vida en la iglesia, pero luego ocurre lo que leemos en 2ª de Pedro 2:22: “*Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cierno*”! Es decir, hay muchos que vuelven a sus pecados después de una apariencia de haberlos dejado. Por eso, la pregunta de suma importancia para cada uno de nosotros es: ¿Tengo yo un deseo sincero y santo de andar en la presencia de Dios sin pecar? Siempre cuando hay la vida espiritual verdadera en el corazón, esto se manifiesta con un deseo de crecer y ser fortalecido en la fe.

Donde existe la gracia en el corazón, existe una naturaleza nueva en este corazón. Esta naturaleza divina, obrada por Dios, ya ve el pecado de la misma manera con la cual Dios ve el pecado. Tales personas tienen un deseo santo de ser liberado del pecado, y desean servir a Dios según Su voluntad y de acuerdo a Su santa Ley. Es posible que con la boca profeseamos grandes cosas sobre la vida espiritual, pero si no hay la *práctica* de la vida renovada, nuestra profesión no vale nada. Santiago nos dice: “*Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras*” (Santiago 2:18). ¡No es posible tener la fe sin tener las buenas obras! Todos los hijos de Dios dirán con David: “¡Oh, cuánto amo Tu ley!”

Ahora bien, no estoy diciendo que el hijo de Dios no peca más; ¡al contrario! A veces se manifiesta un comportamiento muy malo en uno que ha conocido a Dios como Su Salvador; sin embargo, esto demuestra una vida *lejos* de Dios, porque el vivir cerca de Dios significa vivir lejos del pecado. Solamente pensemos en Lot, quien era un hijo de Dios, pero vivió dentro de la ciudad de Sodoma. Se ve muy claramente en la Biblia que Abraham vivió una vida más cerca de Dios, y fue bendecido mucho más.

¡Qué privilegio más grande es tener una impresión de la naturaleza exaltada de Dios, y darse cuenta del hecho de que Dios es omnipresente (es decir, está presente en todo lugar)! Tales personas tienen sus ojos puestos en Cristo, y desean vivir como forasteros aquí en este mundo. Estos peregrinos se dan cuenta del gran precio que pagó Cristo por el pecado de Su pueblo, y desean glorificar a Su Salvador con cuerpo y alma. Aunque es posible que un hijo de Dios esté en una condición espiritual muy baja, nunca deja de orar que Dios lo santifique más y más. Cuando se aproxima la celebración de la Santa Cena, estos pobres

pecadores oran con el Salmista: “*Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*” (Salmos 139). Antes de seguir con nuestro tercer pensamiento, vamos a cantar este Salmo con el **Salterio 382, las estrofas 1 y 2.**

TERCER PENSAMIENTO

En nuestro tercer pensamiento, vamos a ver que el examinarse a sí mismo es algo que debemos tomar bien en serio. Pues leemos en versículo 29 de nuestro capítulo: “*Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí*”. En esta epístola, el apóstol Pablo demuestra su gran amor para con los corintios, pues los amonesta porque algunos de ellos habían estado participando de la Santa Cena de una manera incorrecta e indigna. Pablo les habla bien serio, advirtiéndoles que si seguían así, estarían culpables del cuerpo y de la sangre del Señor Jesucristo. El sacramento de la Santa Cena es una ordenanza divina y tiene un propósito divino.

Cuando el apóstol comienza el versículo 28 con las palabras “*Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo*”, quiere decir que nadie puede participar de la Cena del Señor sin haber previamente examinado a sí mismo. Luego, para insistir sobre la necesidad de examinarse, Pablo añade las palabras del versículo 29 que hablan de los que comen y beben “indignamente”. Fijémonos que Pablo *no dice* “el que come y bebe como indigno”, pues de hecho *todos* somos indignos. “*¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?*” (Prov. 20:9). Si la Mesa del Señor fuera preparada solamente para personas dignas, no habría nadie que pudiera participar. Si pensamos que somos dignos de participar de la Santa Cena, ¡es mejor que no participemos! Oh, ¡qué los hijos de Dios pudieran experimentar más su indignidad! Pues entonces ellos sacarían más provecho de la Santa Cena, que ha sido instituida para pecadores indignos que son salvos por la gracia de Dios.

Cuando Pablo habla de los que comen y beben “indignamente”, ¿a qué se refiere esto? ¿Qué quiere decir “el que come y bebe indignamente”? Bueno, si participamos de la Santa Cena sin habernos examinado a nosotros mismos antes de la celebración de este sacramento, no estamos preparados para conmemorar la muerte de Cristo en la Mesa del Señor. También comemos y bebemos indignamente si nos sentamos en la Mesa del Señor sin una confesión de culpa, y sin reconocer que somos dignos de la condenación eterna. Por último, comemos y bebemos indignamente si lo hacemos con un corazón impuro y con manos inmundas, es decir, si participamos de la Santa Cena con un corazón lleno de lascivias, envidias, odio, y enemistad, o si participamos cuando estamos viviendo una vida llena de pecados abiertos. En Corintio había algunas personas que se emborrachaban, y otros habían causado divisiones en la congregación, y por eso Pablo les advierte que tales personas comerían y beberían juicio para sí.

Queridos amigos, esta amonestación de Pablo no es para impedir que los verdaderos hijos de Dios participen de la Santa Cena; ¡de ninguna manera! Sin embargo, el motivo de estas palabras es para exhortar al creyente a acercarse a la Mesa del Señor de una manera apropiada. Que cada uno de nosotros nos examine a sí mismo, y que los verdaderos hijos de Dios reciban la libertad del Señor para participar de la Santa Cena.

APLICACIÓN

Queridos amigos, si Dios quiere, el próximo domingo se celebrará la Santa Cena en nuestra congregación. Que el Espíritu Santo nos dé a cada uno de nosotros una impresión de la seriedad de este asunto. Cristo, Quien fue ordenado por el Padre desde la eternidad como Fiador y Mediador, se entregó a Sus enemigos. Dejó Su trono en el cielo y asumió nuestra naturaleza humana para así llevar la culpa y la maldición de Su pueblo. Él se ofreció a Sí Mismo para satisfacer la justicia divina y para quitar la culpa de Su pueblo para siempre. El pan partido y el vino derramado de la Santa Cena señalan a este Cristo crucificado. A través de Sus sufrimientos y Su muerte, Cristo preparó un *“banquete de manjares succulentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados”* (Isaías 25:6). Oh, ¡qué Dios nos diera un deseo ferviente de Cristo y de Su justicia!

Ahora, cuando nos ponemos a reflexionar sobre estas cosas, es evidente que hay personas dentro de nuestra congregación que no se examinan para la Santa Cena, y tampoco participan. No les importa, pues viven sin preocupaciones y sin pensar en dónde pasarán la eternidad. Estas personas son tan muertas y frías como una piedra. Cuanto más ferviente y sería sea el mensaje, tanto más siguen en los caminos de pecado sin preocuparse jamás. Se puede decir sobre estas personas que ni son aterrorizados por la Ley ni son atraídos por el Evangelio. Oh, ¡qué Dios los despierte antes de que sea demasiado tarde!

Hay otras personas que sí son convencidos de que es necesario nacer de nuevo. Nunca dejan vacíos sus asientos en la iglesia, pero simplemente dicen a sí mismos: “No soy regenerado, así que la Santa Cena no es para mí”. Oh amigo mío, ¡qué tu condición te hiciera buscar a Dios mientras puede ser hallado! A todos aquellos que siguen sin la salvación y sin buscar a Dios de verdad, les digo que oro que Dios les abra los ojos, y que les atraiga al único Sacrificio por el poder de Su Espíritu Santo.

Hay aún otros que no se examinan, pero sí participan de la Santa Cena. No conocen el arrepentimiento, y no saben nada de la vida de la santificación. Para aquellas personas la Santa Cena no es más que un rito solemne, y ellos participan de costumbre. Oh amigo mío, ahora mismo estás siendo advertido una vez más. Si tu vida por fuera es intachable, es cierto que no se puede impedir que tú participes de la Santa Cena. Sin embargo, que sepas que no recibirás nunca más que un pedazo de pan y un poco de vino, y es más, comerás y beberás juico para ti.

Pueblo de Dios entre nosotros, les exhorto a examinarse antes de participar de la Santa Cena. Que el Espíritu de Dios les humille, y que Él también les dé la libertad para que puedas participar de la Santa Cena y recibir provecho espiritual y una bendición para su alma. Nunca dejen que la Santa Cena llegue a ser una formalidad y costumbre, pero siempre oren que les sea de provecho espiritual.

Hay algunos que sí se examinan de verdad, pero no participan de la Santa Cena. Están enredados en la incredulidad, y dicen: “No soy digno de participar de la Santa Cena; soy demasiado malo. Si tan solamente pudiera encontrar esto o aquello en mi corazón, entonces participaría. Sin embargo, no lo encuentro dentro de mi corazón, así que no participo de la Santa Cena”. Oh amigo mío, permíteme dirigir algunas palabras a ti. ¿Para quiénes vino Cristo al mundo? *“El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”* (Lucas 19:10). Ahora bien, sé honesto contigo mismo: ¿puedes negar que el Señor te haya visitado alguna vez? ¿Puedes estar tú sin Cristo? ¿No es el deseo único de tu corazón estar unido con Él y encontrar refugio con Él? Amigo mío, ¡Cristo invita a tales personas a la Santa Cena! Deja de buscar algo dentro de ti, porque no puedes nunca llevar algo bueno de ti mismo. Leemos en la Palabra de Dios: *“A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos”* (Lucas 1:53). Que el Señor te lleve a la Mesa del Señor como un Mefi-boset, quien era cojo toda su vida.

Hijo de Dios entre nosotros, espero que siempre te examines durante toda la vida. La Santa Cena es instituida por el Señor como un medio para la santificación. Que el Espíritu Santo te quite toda confianza en ti mismo, y que te dé la verdadera confianza en el Salvador perfecto y completo. Que Dios fortalezca tu fe; que Él avive tu esperanza, y que Él aumente tu amor, hasta que llegue el día cuando te sentarás en las bodas del Cordero, donde estarás satisfecho con la justicia de Dios para siempre. Amén.